

To Be Clothed in Christ

Charles Spurgeon
1834-1892

Vestíos del Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne en sus deseos. (Romanos 13:14).

Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, Y revestídoos del nuevo... Vestíos pues, como escogidos de Dios, etc. (Col. 3:9-15).

Para poder revestimos exteriormente de Cristo es necesario primero conocerle interiormente. Cristo debe ser recibido en el corazón por fe, antes de poder manifestarse en la vida por la santidad. Para que nos alumbre la linterna, hay que encender la vela que está dentro; luego, sin esfuerzo, la luz se difunde y alumbra a los hombres. Hermanos míos, si habéis recibido a Cristo, no ocultéis nunca vuestro amor por él, y si creéis que él es la esperanza de gloria (Col. 1:27), portaos de tal manera que todo el mundo pueda ver que él es la gloria de vuestra esperanza. Como la fuente de vuestra vida interior está escondida en Cristo Jesús, que la pureza de vuestra vida diaria proceda igualmente de él. Que lo exterior y visible sea inspirado por lo interior y lo invisible, de suerte que el mundo no pueda negar que eres hijo del día. No basta que sea Cristo vuestro alimento, el pan que sostiene el hombre interior; es también necesario que sea el vestido que cubre el hombre exterior.

“Revestíos del Señor Jesucristo.” ¡Expresión admirable! ¡Qué condescendencia de parte del Maestro el haber permitido a su apóstol emplear tal lenguaje! Es indudable que Pablo expresó el pensamiento del Espíritu Santo. Ojalá que el mismo Espíritu nos ayude a comprender su verdadero sentido.

Nosotros todos necesitamos un vestido divino: tal es la solemne verdad que se deduce de este texto. El apóstol no dice: Procurad vivir cerca del Señor. No; él dice: “Revestíos del Señor Jesucristo,” es decir: Que sea él el vestido de nuestra vida. Un hombre toma su bastón para el viaje o su espada para la guerra; luego, cuando vuelve a casa, los deja. Pero el cristiano en todo tiempo tiene que estar vestido del Señor Jesucristo; y debe ser de tal manera revestido de él, que se confunda con Cristo y que Cristo sea identificado con su persona. Al aceptar a Cristo como Salvador, el creyente cumple con esta exhortación en un sentido parcial. El se reviste de Cristo como de un manto de justicia. Es una muy hermosa figura de la obra o del oficio de la fe. La fe halla a la humanidad en un estado de vergonzosa desnudez, y viendo que la justicia de Dios en Cristo es el manto que le hace falta, nos cubre con él. Por la fe, el hombre cubre su flaqueza con la fuerza de Cristo, su pecado con la expiación, sus defectos con la perfección, su locura con la sabiduría, su muerte con la vida de Cristo, sus fluctuaciones con la constancia de Cristo. Por la fe se puede decir que el hombre desaparece en Cristo Jesús, de suerte que no se le ve más, sino en Cristo. La justicia de Dios en Cristo, no solamente nos es imputada, sino que nos pertenece, porque Cristo es nuestro. “Por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.” Al creer el testimonio de Dios acerca de su Hijo, soy justificado delante de él, aunque todavía Injusto por naturaleza. Las riquezas de Dios en Cristo Jesús vienen a ser mías desde el momento en que soy hecho hijo de Dios por la fe en su nombre.

Pero las palabras que vamos a meditar no se refieren a este asunto, pues el apóstol, en este pasaje, no trata de la doctrina de la justificación sino de la santificación. La exhortación que estudiamos se dirige a los que son justificados ya y adoptados hijos de Dios. Se dirige, pues, a vosotros, hermanos míos, que habéis sido lavados por la sangre de Cristo y justificados por su

gracia. Vosotros debéis revestiros del Señor Jesucristo cada día, continuamente, para santificación de vuestra vida y para la gloria de Dios; en otras pala-bras, para que la santidad de Cristo sea reproducida en vuestra conducta diaria.

I. ¿A quién debemos ir para obtener la vestidura que nos falta?

Amados, para todo lo que se relaciona con vuestras necesidades; no hay más que una respuesta: Id a Jesús y lo obtendréis todo.

El “nos ha sido hecho por Dios sabiduría y justificación y santificación y redención (1 Cor. 1:30). Puesto que hallamos en Cristo el perdón y la justificación, no podemos ir a otro para obtener la santificación. Habiendo comenzado con Jesús, debemos seguir con él hasta el fin. Además, ¿qué podemos desear, que él sea incapaz de darnos? Sus riquezas son inescrutables. “Agradó al Padre que en él habitase toda la plenitud,” y él está pronto a darnos de su pleni-tud, “gracia por gracia.” El cristiano puede estar seguro, pues, que durante su viaje a través del desierto de la vida hasta que llegue a la vista del mar de cristal, que está delante del trono de Dios no experimentará necesidad alguna que no tenga plena satisfacción en Jesucristo. Si me preguntan: ¿En dónde puedo yo procurarme una vestidura digna de los atrios del Señor? ¿Una armadura que me proteja de las asechanzas del enemigo? ¿Un manto real que corresponda con mi oficio de rey y sacerdote? A todo eso responderé: “Vestíos del Señor Jesucristo.” Todo lo que os es necesario os será dado en él. ¿Es un modelo de lo que queréis? No lo busquéis sino en la persona del Señor Jesucristo. No se nos manda que imitemos a fulano, a mengano o a zutano, por cristianos que sean, sino, “revestíos del Señor Jesucristo.” Ni más ni menos. El modelo del cristiano es su Salvador. A menudo nos inclinamos a colocar ante nosotros un hombre notable por su piedad o por su filantropía, a quien procuramos imitar. Este método puede, sin duda, tener algo bueno, pero también puede producir mucho malo. En el más excelente de nuestros hermanos, siempre habrá defectos; y como tenemos la doble tendencia de tomar los defectos por virtudes, y de rebajar las virtudes hasta convertirlas en defectos, podemos sacar muy tristes resultados, aun cuando sean muy buenas nuestras intenciones. Hermano mío, si sigues a Jesús no te extraviarás; pon tus pies en las huellas de sus pasos y estarás seguro de no resbalar. Según la medida de la gracia que nos es dada, andemos por el mundo como Cristo mismo anduvo. Cualesquiera que sean las circunstancias en que te encuentres, no busques otro ejemplo que el de tu Maestro. Puedes consultarle como a un oráculo infalible. No preguntes cuáles son las costumbres de los que te rodean; el camino ancho frecuentado por las multitudes no es el que te conviene a ti. No preguntes: ¿Qué hace la gente distinguida? ¿Qué te importa? No es a los grandes de la tierra a quienes debes imitar es a aquél que es el mayor de todos. Y notad, mis hermanos, que este precepto “vestíos del Señor Jesucristo,” se aplica a cada uno de nosotros, sea cual fuere el lugar que ocupemos en la vida. ¿Soy comerciante? No tengo que conformarme con los métodos empleados por otros comerciantes en sus negocios, sino debo preguntarme: ¿Cómo quiere el Señor que yo dirija los míos? ¿Soy estudiante? No me interesa saber lo que piensan mis compañeros de la religión; que digan ellos lo que quieran, yo debo servir al Señor. Cualquiera que sea el medio en que se desenvuelva mi vida, sea en el círculo de la familia o en el de las relaciones sociales, en el mundo de los negocios o en el de las letras, debo revestirme del Señor Jesucristo. Y cuando me encuentro en perplejidad acerca de la senda que debo seguir, sólo tengo que preguntar: ¿Qué haría Jesús en mi lugar?, y luego seguir su ejemplo. Jamás debo permitirme hacer lo que mi conciencia me dice que mi Salvador no haría: pero, si según sus enseñanzas, su Espíritu y sus acciones me parece que él hubiera obrado de tal manera, yo, sin vacilar debo conformar mi conducta con la suya. No es al filósofo popular, ni al político, ni al sacerdote, ni al héroe del día, a quien debo tomar por modelo: es al mismo Señor Jesús, y es por su vida que debo modelar la mía.

Pero no nos basta tener un modelo: necesitamos un móvil activo y potente que nos aliente a imitar ese modelo. Es necesario que estemos ceñidos de celo, de amor y de un santo entusiasmo para proseguir al blanco, es decir, la santificación de nuestras almas. Lleguémosnos al Señor Jesús, y él nos dará el vigor que nos falta. Muchos son los que acuden a Moisés, esperando hallar ayuda para el cumplimiento del deber, en los truenos del Sinaí. Los tales piensan emplear su vida entera haciendo bien. Así se ponen debajo de la ley, y vuelven la espalda a la gracia. No es por el temor del castigo ni por la esperanza de un sueldo que los cristianos sirven al Dios viviente, sino se revisten de Cristo, y el amor de Cristo les constriñe. He aquí la fuente de la verdadera santidad. “El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” Una fuerza mayor que la de la ley se apodera del creyente, quien sirve a Dios, no como el criado, por el sueldo que gana, sino como hijo que estima y ama a su padre. El móvil del creyente es la gratitud para con aquél que le redimió con su sangre preciosa. Jesús fue revestido de nuestros pecados, y es por esto que nosotros queremos ser revestidos de tu santidad. Amados oyentes, os suplico que no busquéis en las pendientes ásperas del Sinaí el estímulo a la santidad; id antes al Calvario y templad vuestras almas en la contemplación de la santa víctima. “Revestíos del Señor Jesucristo.” Compenetrados de su gran amor, inflamados de amor para con él, será vuestra felicidad hacer su voluntad, y estaréis prestos a vivir o a morir, a obrar o a sufrir. ¿Será necesario que lo diga yo? Jamás debe uno hacer el bien con objeto de obtener la aprobación de los hombres. Muy débil es la vida que se sostiene sólo por el soplo de los hombres. Los discípulos de Jesús no deben ser esclavos de hombres, no deben temblar bajo la censura de sus semejantes. El deseo de ser alabado y el temor de ser censurado son móviles bajos; son indignos del hombre que pertenece a Cristo. El servidor del Señor Jesucristo no puede hacerse siervo de los hombres. La gloria de su Maestro es su pasión; todo lo demás es sin importancia.

“Vestíos del Señor Jesucristo.” Creo que estas pala-bras significan también: que Jesucristo sea vuestra fuerza. Aunque hijo de Dios, salvado y vivificado por el Espíritu Santo, el cristiano no tiene la fuerza de cumplir su celeste vocación si no le es dada de arriba. Muy amados, llegaos a Jesús, y él os hará fuertes. Guardaos de decir o de pensar: “Haré bien porque estoy resuelto a hacerlo. Soy hombre de fuerte voluntad. No cederé a esta tentación, pues sé que la puedo resistir. He resuelto andar por el camino estrecho, y no hay peligro de que me aparte de él.” Cuidado, mi hermano. Si tienes tanta confianza en ti mismo, bien pronto descubrirás que no eres sino una caña quebrada. Las caídas y los defectos siguen de cerca a la soberbia. Ten cuidado de no confiar demasiado en la experiencia ganada. No digas en tu corazón: “Soy hombre de experiencia; no caeré en las trampas en que se enredan los jóvenes y los inexpertos. He perseverado durante tantos años en el bien, que puedo ahora considerarme fuera de peligro. Me parece imposible que yo me extravíe.” Querido oyente, lejos de ser imposible, ya estás extraviado. El momento en que el hombre declara que no puede caerse, ya está caído, habiendo perdido la humildad y la prudencia. Tienes el vértigo, mi hermano; y cuando la cabeza comienza a dar vueltas, los pies no permanecen muy firmes. La soberbia secreta es madre de los pecados visibles. Que Cristo, y no tus experiencias ni tu prudencia, sea tu fuerza. Revestíos, día por día, del Señor Jesús, y no queráis hacer, con los harapos del pasado, la vestidura del porvenir. Que vuestras provisiones espirituales sean siempre frescas. Que vuestra actividad y vuestra santidad procedan sólo de Jesucristo. No fiéis en vuestras resoluciones, ni en vuestras promesas, ni en vuestros principios, ni en vuestras oraciones; descansad únicamente en Cristo, como la fuerza de vuestra vida.

Pero nuestro texto tiene todavía una aplicación más amplia. “Revestíos del Señor Jesucristo” quiere decir, evidentemente, “revestíos de la perfección.” Luego me propongo enumerar algunas de las virtudes y gracias que brillan en el carácter del Señor Jesús, y que deben ser halladas también en sus discípulos. Pero notad, os ruego, que nuestro texto no dice: “revestíos de tal virtud o de tal cualidad del Señor Jesús,” sino “revestíos del mismo Señor Jesús.” Es él mismo, con toda su perfección, quien debe ser nuestro adorno. Todas nuestras miserias deben ser cubiertas de todas sus perfecciones. No es solamente su humildad o su dulzura o su amor o su

celo lo que debemos imitar, es su completa santidad. Hermanos míos, procurad vivir en una comunicación tan íntima con Cristo, que su personalidad sea, por así decirlo, reproducida en vosotros. Si nos revestimos de Cristo, nuestra vida será escondida en él; ya no viviremos nosotros, sino que vivirá él en nosotros. Cuando el apóstol nos dice: “revestíos del Señor Jesucristo,” es como si nos dijera: “Que se esconda vuestra personalidad bajo la personalidad del Señor Jesucristo. Que vuestra voluntad sea conformada con la suya. Que vuestra vida sea animada con su Espíritu, compenetrada de su dulzura, impregnada de su amor; en una palabra: que vuestro ser moral sea revestido del Señor Jesús, como vuestro cuerpo de vuestra ropa.” ¡Qué admirable precepto! Quiera Dios concedernos que lo practiquemos. Es la voluntad de Dios que, a medida que progreseemos en la vida, seamos cada vez más semejantes a Jesús, cumpliéndose así el designio del que nos “predestinó para que fuésemos hechos conformes a la imagen de su Hijo.”

Advertimos, además, que esta vestidura es universal, es decir, que se adapta al uso de cada uno de los creyentes en particular. Ya toqué este punto, pero es tan importante y tan consolador, que vuelvo a mencionarlo. El apóstol no dijo a un solo individuo: “Vístete tú del Señor Jesús,” no; es a todos nosotros los cristianos que dirige esta exhortación. Todos los fieles, sean niños, sean jóvenes, sean padres en la vida cristiana, pueden revestirse de Cristo. Estoy bien seguro que no todos vosotros mis oyentes podéis llevar mi ropa; y estoy no menos seguro de que la ropa vuestra no me convendría a mi. Mas he aquí una vestidura incomparable que se adapta maravillosamente y sin compostura a todas las edades y a todos los temperamentos. El que se reviste del Señor Jesús tiene un ropaje de hermosura y de gloria para este presente mundo y para el venidero. Sea la que fuere nuestra situación en este mundo, no podemos hacer mejor que seguir el ejemplo del Señor Jesucristo. ¿Eres rey? No podría darte mejor consejo que éste: “Vístete del Señor Jesucristo.” ¿Eres un pobre desgraciado sin abrigo? No sabría darte mejor consejo que el de seguir el ejemplo de aquél que no tuvo donde reclinar su cabeza. ¿Eres ministro del evangelio? Es a ti sobre todo, mi hermano, que te conviene el consejo del apóstol. Procura predicar la verdad como lo hacía el mismo Jesús, es decir, con sencillez, con amor, con ardor y con insistencia. El predicador no puede tener un ideal más noble que el de su Maestro. El espíritu y los sentimientos del Señor Jesús, he aquí los mejores adornos eclesiásticos, el verdadero traje pastoral. En todo lugar, en toda ocasión, el cristiano puede revestirse del Señor Jesucristo con la seguridad de que esta santa vestidura será siempre admisible. En la prosperidad o en la adversidad, en la soledad o en público, en la salud o en la enfermedad, en la honra o en el oprobio, en la vida o en la muerte, vestíos del Señor Jesucristo; y con este manto real entraréis un día en el palacio del Rey del cielo, en la compañía de “los espíritus de los justos hechos perfectos.” (Hebr. 12:23).

II. Consideremos nuestro texto desde otro punto de vista y con el auxilio del Espíritu Santo, responderemos a la segunda pregunta: ¿Qué es o en qué consiste esta, vestidura que el apóstol nos recomienda?

Aquí nos llaman la atención los títulos divinos aplicados al Hijo de Dios. Se llama: EL SEÑOR, JESÚS, EL CRISTO. Es en este triple carácter que debemos revestirnos de él. Acordaos sobre todo que él es vuestro Señor y Maestro. Sed vosotros sus servidores en todo, poniendo a su servicio todo lo que tenéis y lo que sois, reconociendo con gozo que él ha adquirido sobre vosotros derechos absolutos e imprescriptibles. Como Pablo, consideraos esclavos de Cristo, consagrados para siempre a su causa, hallando en su servicio la vida y la libertad. Que la santidad del Señor se extienda como manto que cubra vuestra naturaleza pecaminosa. Revestíos también de Jesús, es decir, del Salvador. Es, sobre todo, en este carácter que tenéis necesidad del Hijo de Dios. Pecador, mi hermano, esconde tu alma manchada en Jesús tu Salvador, y él te librará de tus

pecados. El te santificará, dándote fuerzas para renunciar al mal, y te guardará de la recaída. Jesús es tu armadura contra el pecado. Has vencido por su sangre, en él eres invulnerable. El es tu escudo, y él apagará los dardos inflamados del maligno.

Finalmente, revestíos del Hijo de Dios en su carácter de Cristo. Sabéis que la palabra Cristo significa “ungido”. Jesús fue ungido como profeta, como sacerdote y como rey. Felices los que toman a Jesús por su profeta, y que aceptan sus enseñanzas como su credo. Tengo fe en el evangelio. ¿Por qué? Porque Cristo mi profeta es su autor. Me basta este razonamiento. No tengo nada que objetar ni criticar. Cristo habló, y su autoridad soberana es para mí el fin de toda polémica. Lo que Cristo afirma yo lo creo. La discusión termina allí donde Cristo comienza. Revestíos de él como vuestro sacerdote. No obstante vuestros pecados, vuestras miserias, vuestras manchas, llegaos sin temor al trono de gracia, por medio de aquel Mediador que tomó sobre sí vuestras iniquidades, os ha revestido de sus méritos y os reconcilió con Dios. ¿Qué teméis? Por la fe somos unidos a nuestro soberano sacerdote, y somos cubiertos con su sacrificio expiatorio.

Nuestro Señor Jesucristo fue también ungido como Rey. Revestíos de él en su suprema majestad, sometiéndole todos vuestros pensamientos, todos vuestros deseos, toda vuestra voluntad. Que él se siente sobre el trono de vuestro corazón. Que vuestras acciones y vuestra vida práctica sean sometidas a su autoridad real, y hallaréis así la santidad. Quisiera llamar vuestra atención a otra exhortación de Pablo que parece ser un comentario sobre mi texto. Se halla en Col. 3:12-14. En este pasaje el apóstol nos conduce al ropero del cristiano, y nos muestra su contenido. Vestíos, nos dice. Estas vestiduras deben usarse. Ninguna de ellas debe dejarse para que la consuma la polilla. Es necesario que nos vistamos de todas las virtudes cristianas que Dios ha preparado. La verdadera religión debe ser de uso diario. El cristiano no reserva nada: se sirve de todas sus riquezas en Cristo.

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad. ¡Qué cosas preciosas son éstas! La misericordia y la bondad: ¡qué vestiduras, mejor dicho, qué adornos son ellas! ¿Haste revestido de ellas, hermano mío? ¿Has reflexionado que tú debes ser tan misericordioso y tan benigno, tan tierno y tan compasivo con tus semejantes como lo fue el mismo Jesucristo? ¿Lo has alcanzado? ¿Te esfuerzas por alcanzarlo?

“Vestíos de mansedumbre, de humildad.” Vesti-duras igualmente preciosas, pero poco apreciadas por el mundo. La altivez de espíritu está mucho más de moda hoy, y los adornos del orgullo son más estimados. ¡Qué grandes señores parecen ser ciertos cristianos! En verdad, parece que el siervo es mayor que su Señor. Entre los que hacen profesión de grande piedad, cuántos hay que se portan desdeñosamente con los pequeños. ¿Es así, pregunto, como te vistes del Señor Jesús? Enséñame, si puedes, una sola palabra del Señor Jesús que indique insolencia o arrogancia. No; Jesús no oprime ni tiraniza a nadie. El fue siempre humilde y lleno de gracia; El, el Maestro de todos, el Señor de señores. ¿Qué, pues, debemos ser noso-tros que no somos dignos de desatar la correa de sus zapatos? Querido hermano, si tienes mal genio, si eres por naturaleza imperioso y duro, te ruego con insistencia: “Vestíos del Señor Jesús.” Sí, hermanos, luchad contra vuestro mal humor, y procurad ser semejantes al Maestro, que era manso y humilde de corazón.

Pero continuemos. Las dos virtudes que ahora debemos revestir son la tolerancia y la paciencia. Muchos cristianos carecen de paciencia en el trato con sus semejantes. ¿Cómo pueden esperar que Dios la tenga con ellos? Si no se hace todo a su gusto se encolerizan. ¡Mirad a este energúmeno! Parece ser adorador de Marte o de alguna otra divinidad fiera. Seguramente no puede ser discípulo del Príncipe de paz. No me digan que tiene su temperamento y su genio; ojalá que los hubiera perdido. La verdad es que este hombre es egoísta, obstinado, iracundo, susceptible. Si es cristiano, es cristiano muy desgraciado y le aconsejo que se vista del Señor Jesucristo lo más pronto posible para que no se descubra la vergüenza de su desnudez. Nuestro

Señor estaba siempre lleno de tolerancia. (Heb. 12:3). Debemos ser pacientes, aun cuando hayamos sido víctima de grandes injusticias: más vale sufrir que devolver mal por mal.

Sigue el apóstol diciendo: “Perdonándoos los unos a los otros; de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.” ¿No es evidente que tal enseñanza viene del cielo? Pues tratemos de ponerla por obra. Vestíos del Espíritu de Cristo, y vuestra lengua no soltará palabras tan amargas. Vestíos de su amor, y vuestro corazón no abrigará sentimientos tan desapacibles. Que vuestra alma se llene de su santidad, y de buena gana perdonaréis, no siete veces, sino setenta veces siete.

“Sobre todas estas cosas, vestíos de caridad, la cual es el vínculo de la perfección.” La caridad es, en efecto, el cinturón que mantiene en su respectivo lugar cada pieza de nuestra vestidura espiritual. El amor: ¡qué precioso y divino cinturón! ¿Poseemos este tesoro? Nuestro bautismo, nuestra consagración a Dios tienen muy poco valor si nuestras animosidades no han sido sepultadas con el viejo hombre. Todos nosotros, desgraciadamente, quedamos con nuestros defectos; pero Dios nos conceda, por lo menos, que seamos llenos de amor para con nuestro Señor Jesús y para con nuestros semejantes.

Por fin, el apóstol concluye: “La paz de Dios gobierne vuestros corazones, y sed agradecidos.” La gratitud es una virtud muy rara; pero si está casi desterrada del mundo, por lo menos debe ser hallada entre los discípulos de Jesucristo. Bienaventurada el alma que está en plena posesión de sí mismo, siempre tranquila y reposada. Tal fue el estado de Jesucristo; por tanto, si deseamos ser semejantes a él, vistámonos de su paz. El no estuvo jamás agitado, ni sobreexcitado, ni contrariado. Jamás se quejaba ni envidiaba la suerte de otros. Luego, ¿no experimentaba disgustos ni provocaciones? Más de lo que nosotros podemos adivinar. ¿No tuvo ningún motivo de entristecerse y de angustiarse? Mil veces más que todos nosotros juntos. Sin embargo, no permitía que las cosas exteriores le inquietasen; conservaba siempre una calma majestuosa y divina. El Señor quiere que nosotros seamos revestidos de las mismas disposiciones. El nos dejó su paz y quiso que su gozo fuese cumplido en nosotros. El desea que la paz de Dios guarde nuestro corazón y nuestro entendimiento contra las acechanzas del adversario. Quiere que todos los hijos de Dios sean fuertes y tranquilos; fuertes, porque son tranquilos; tranquilos, porque son fuertes.

He oído hablar de un gran personaje que empleaba dos horas y media cada día vistiéndose (señal más bien de pequeñez que de grandeza). Pero tratándose de revestirnos de la santidad de Jesucristo, no puede uno dedicarle demasiado tiempo. Hermanos míos, toda vuestra vida apenas será tiempo suficiente para adquirir este magnífico adorno; pues, lo repito: el cristiano no debe solamente reproducir una que otra virtud de las mencionadas; su tarea es más difícil. Está llamado a apropiarse del conjunto de las virtudes que caracterizan a Cristo mismo.

Vestíos de Jesucristo, dice mi texto; y no os contentéis con revestiros ocasionalmente; esta vestidura, por lucida que sea, fue hecha para el uso diario. Bueno es revestirse de Jesucristo los domingos; pero no hay que dejarle a un lado durante el resto de la semana. Las mujeres suelen tener galas que no sacan a relucir sino en ocasiones extraordinarias; nosotros, cristianos, debemos exhibir nuestras joyas en todo tiempo, y no guardar en un estuche ninguno de los adornos que nuestro Señor pone a nuestra disposición.

El tiempo apremia, y brevemente responderé ahora a la tercera pregunta: ¿Cuál es la conducta que conviene al que está revestido de Cristo? Nuestro texto nos lo dice: “No hagáis caso de la carne en sus deseos.” La carne aquí significa nuestra naturaleza corrompida, que tiene auxiliares tan poderosos en los deseos y los apetitos del cuerpo. Cuando una persona se ha revestido del Señor Jesucristo, ¿tiene todavía necesidad de luchar con la carne? Indudablemente. Verdad es que de vez en cuando oigo a ciertos cristianos afirmar que ya no les queda vestigio del hombre viejo. Pero me tomo la libertad de no creer, sino con ciertas reservas, a la persona que da testimonio a favor de sí misma. Cuando un creyente me asegura que ha alcanzado la perfección, se me ocurre que si fuese cierto, no tendría necesidad de publicarlo. No es necesario proclamar

que el sol nos ilumina, y si existiese en medio de nosotros un hombre perfectamente santo, no podría ocultarse. Hermanos míos, sospecho que aún conservamos muchas tendencias carnales. Estemos sobre aviso, escuchemos el consejo del apóstol: “No hagáis caso de la carne.” Estas palabras parecen tener varios significados. Primera-mente, no tengáis indulgencia con la carne. No hay que disculparla. No se diga nunca: “Cristo me ha perdonado; pero tengo mal genio, y no puedo librarme de ello.” Amigo, al mostrar semejante tolerancia o indulgencia con el enemigo de tu alma, ¿qué estás haciendo sino satisfacer la carne? Otro dice: “Soy muy propenso al desaliento, y, por tanto, me es imposible regocijarme en el Señor como quisiera.” Razonamiento muy mal fundado. El desaliento viene de la incredulidad, y en vez de halagar al mayor de los pecados, debes arrojarlo de tu corazón sin demora.

“En cuanto a mí, dice un tercero, soy por naturaleza muy alegre; un poco de placer mundano me es necesario.” ¡Juego peligroso! Estás haciendo precisamente lo que el apóstol prohíbe; estás halagando la carne para satisfacer sus deseos. ¡Cuidado! Si invitas al diablo a tu casa, sepas ciertísimamente que muy pronto él se hará dueño de ella. Cristianos, hermanos míos, tratad a vuestros enemigos espirituales como los israelitas trataron a los cananeos; no debéis darles cuartel. Exterminadlos; romped sus ídolos y derribad sus altares. No deis tregua al pecado, ni por un día, ni por una hora, ni por un minuto. Que vuestra obediencia sea sin interrupción. No digáis en vuestro corazón: “Mi conducta es, como regla, tan correcta, tan ejemplar, que una vez al año, en una reunión familiar, puedo permitirme ciertas libertades.” Luego, ¿cometer el pecado es, en tu opinión, tomar cierta libertad? Muy al contrario, el pecado es la peor esclavitud. Si el yugo del pecado no te parece pesado, es porque en el fondo de tu corazón ocultas el amor al pecado. Todo verdadero hijo de Dios tiene horror al mal. Una conversación deshonesta o siquiera liviana le desagrade al oído. Si, pues, tomas placer en ella, tu estado espiritual es gravísimo. No debemos consentir que la carne levante la cabeza; pues nadie puede saber hasta dónde es capaz de arrastrarnos. La carne es voraz y nunca se sacia. No debemos darle ni aun las migajas que caen de la mesa. Vestíos del Señor Jesucristo, y ya no habrá lugar para las concupiscencias de la carne. El pecado está allí donde Cristo no está. “Pensad que de cierto estáis muertos al pecado, mas vivos a Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.”

Si en realidad estamos revestidos de Cristo, por siempre hemos de bendecir a Dios por ello. Pero si aún no nos hemos posesionado de esta divina vestidura, no descuidemos por más tiempo un asunto de tanta urgencia. ¿Por qué es urgente que seamos revestidos de Cristo? Porque el tiempo es corto. Es la noche del mundo. “Echemos las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de luz.” Así revestidos, la misma oscuridad que nos rodea será luminosa. Es tan negra la noche del mundo, que hemos menester la luz de Dios en nosotros para que no seamos tragados por las tinieblas.

Otra razón que nos debe inducir a revestirnos de Cristo lo más pronto posible, es que la noche muy pronto habrá pasado. Se acerca el día; los rayos de la aurora ya aparecen en el horizonte. Despojémonos de los harapos del pecado, de las inmundas ropas del mundo, y saldremos a saludar al Sol naciente, adornados con las vestiduras de luz. Sí, hermanos, vestíos del Señor Jesucristo, pues él viene; viene el amado de nuestra alma. De los montes llega a nuestros oídos el sonido lejano de la trompeta. Los heraldos gritan: “He aquí el Esposo viene.” Por más que parezca tardar, él no pierde un segundo. El día de su venida se acerca más y más. No durmamos, pues, como los otros. Felices los que estarán apercibidos para entrar en la sala de las bodas cuando llegue el Esposo. ¿Cuál es el vestido de boda que nos hará dignos de ir al encuentro de Cristo y participar de su triunfo? Es Cristo mismo. Si aquí en este mundo él es mi adorno y mi hermosura, puedo estar seguro de que él será mi gloria durante la eternidad. Si aquí encuentro mi placer en Jesús, él tendrá su placer en mí cuando recoja sus elegidos en las nubes del cielo. ¡Despertad, despertad, vírgenes dormidas! Aderezad vuestras lámparas. Estad apercibidas para acompañar al Rey de gloria que va a entrar en su reino. Salid a su encuentro con los espléndidos adornos que él mismo os ha dado. Amén.

To Be Clothed in Christ - Spanish